

Una posibilidad posthumana.
Reflexiones en torno a *La posibilidad de una isla*
de M. Houellebecq
A Posthuman Possibility.
Reflections upon M. Houellebecq's
The Possibility of an Island

MARCOS ALONSO*

Universidad Adolfo Ibáñez, campus Viña del Mar (Chile)

RESUMEN. El presente artículo trata de abordar el problema filosófico, ético y social del posthumanismo a través del análisis de la novela de Michel Houellebecq *La posibilidad de una isla*. Defenderemos que, a la hora de lidiar con fenómenos futuros e inciertos como el del posthumanismo, la literatura constituye una herramienta extremadamente adecuada. A propósito de la novela de Houellebecq, reflexionaremos sobre temas característicos del posthumanismo como la cuestión del cuerpo y de la inmortalidad, el problema del Otro y de las relaciones entre humanos y posthumanos, así como el peligro de la pérdida de sentido y vacuidad de la vida posthumana. Concluiremos que la literatura, y *La posibilidad de una isla* en concreto, nos permite comprender mejor y, por tanto, discutir y decidir mejor sobre los importantes problemas que el posthumanismo nos presenta.

Palabras clave: Posthumanismo, transhumanismo, Houellebecq, inmortalidad, corporalidad, aislamiento, distopía.

ABSTRACT. The present paper tries to tackle the philosophical, ethical and social problem of posthumanism through an analysis of Michel Houellebecq's novel *The possibility of an island*. We will defend that, when dealing with future and uncertain phenomena like posthumanism, literature constitutes an extremely adequate tool. Through Houellebecq's novel, we will reflect on posthumanist issues as body and immortality, the problem of the Other and human – posthuman relationships, as well as the peril of posthuman life turning out senseless and empty. We will conclude that literature, and *The possibility of an island* concretely, allows us to better understand and, therefore, better discuss and decide upon the important problems posthumanism puts forward.

Palabras clave: Posthumanism, transhumanism, Houellebecq, immortality, body, isolation, dystopia.

* Marcs.alonso@gmail.com / ORCID D: <https://orcid.org/0000-0001-8638-0689>.

1. INTRODUCCIÓN

El presente artículo trata de abordar el problema filosófico, ético y social del posthumanismo a través del análisis de la novela de Michel Houellebecq *La posibilidad de una isla*. Este libro narra en primera persona la historia de Daniel y su papel en la aparición de una nueva religión que da lugar al surgimiento de lo que en el relato se denominan *neohumanos*. Estos neohumanos, que como veremos se describen como una evolución respecto de la especie humana, podrían considerarse una forma de vida posthumana. Este relato de Daniel se va intercalando, a modo de meta-relato, por los comentarios de dos neohumanos descendientes genéticamente de Daniel, dos individuos llamados Daniel24 y Daniel25. *La posibilidad de una isla*, como trataremos de mostrar, expone de manera extremadamente sutil y sugerente lo que podría llegar a ser un futuro posthumano, lo cual convierte a esta novela en un instrumento de reflexión inmejorable para pensar los problemas y dilemas derivados del posthumanismo.

Antes de pasar a este análisis, se hace necesario, si quiera de manera mínima, un breve esbozo de lo que es el posthumanismo. La corriente filosófica y cultural conocida como posthumanismo surge en las últimas décadas del siglo XX, si bien sus antecedentes pueden remontarse mucho tiempo atrás. En cualquier caso, hay cierto consenso en establecer su punto de partida en la publicación en 1985 de *El manifiesto cyborg* por parte de D. Haraway (1985). La tesis central de este movimiento consiste en la crítica de la idea basal del humanismo según la cual existe una clara línea divisoria entre “lo humano y lo in-humano o animal” (Buchanan, 2018)¹, haciendo descansar esta división, en la mayoría de casos, en la capacidad racional humana frente a la irracionalidad animal. En esencia, el posthumanismo defiende que la categoría de “humano”, y toda la constelación categorial que acompaña a este concepto, son intrínsecamente problemáticas y, en último término, inoperantes. El paradigma posthumano se caracteriza, de este modo, por el borrado de las barreras y el desvanecimiento de las fronteras entre lo humano y lo no-humano. El posthumanismo sería, por tanto, un movimiento de “descentramiento del humano respecto de sus coordenadas evolutivas, ecológicas o tecnológicas” (Wolfe, 2009, p. xvi).

El posthumanismo, no obstante, sería muy distinto e incluso iría en contra, según sus defensores (Braidotti 2013), de otro movimiento filosófico y cultural que también lleva a cabo una crítica del humanismo actual: el transhumanismo. Esta última corriente, representada, entre otros, por autores como N. Bostrom (2011), buscaría superar el humanismo no mediante la abolición y di-

¹ Todas las traducciones son mías (excepto las que se indique lo contrario en las referencias bibliográficas).

solución de sus categorías, sino mediante un perfeccionamiento del ser humano y a través de la culminación de las ideas renacentistas e ilustradas (Wolfe, 2009, p. xiii-xv). La contraposición estaría, según estos parámetros, entre un transhumanismo que buscaría perfeccionar al ser humano, y un posthumanismo que abogaría por abandonar completamente las categorías humanistas.

No podemos desarrollar más este debate, pero cabe sugerir que, pese a la diferencia fundamental antes expuesta, posthumanismo y transhumanismo comparten un fondo común. Como defienden Ranisch and Sorgner, “ambas posturas tienen en común su consideración del ‘humano’ humanista como algo caduco, ya sea en términos fisiológicos o psicológicos. Por ello, tanto el transhumanismo como el posthumanismo intentan ir más allá del humanismo” (Ranisch and Sorgner, 2014, p. 17)². Estos autores consideran que “se ha prestado demasiado poca atención a la conexión entre ambos movimientos” (Ranisch and Sorgner, 2014, p. 17), y que sus relaciones y confluencias son más complejas de lo que se suele asumir. El posthumanismo, además, es una corriente muy heterogénea que prácticamente solo confluye en sus críticas, mas no en sus propuestas. De ahí que Ranisch and Sorgner concluyan que “el posthumanismo es una noción extremadamente ambigua” (Ranisch and Sorgner, 2014, p. 8).

En este artículo no nos centraremos en esta cuestión. Uno de los puntos que defenderé es que, precisamente, este tipo de discusiones se pierden demasiado fácilmente en lo terminológico quedando demasiado cerca de una especie de neo-escolástica algo estéril. Lo importante es que *La posibilidad de una isla* presenta una hipótesis plausible y filosóficamente fecunda sobre cómo podría darse efectivamente este paso a lo post-humano, y es precisamente esa *realidad irreal* que es la novela la que vamos a aprovechar como materia de estudio.

Esto último es precisamente otro de los puntos preliminares que querría remarcar antes de empezar propiamente con el análisis. Pues considero que la novela, y en general toda obra de ficción, no solo es un medio de reflexión filosófico válido, sino que, en algunos casos, es la mejor vía para pensar y reflexionar filosóficamente. Esta defensa del potencial filosófico de la literatura, o más propiamente, de la dificultad para distinguir tajantemente un ámbito del otro, tiene una notable tradición, especialmente en ámbito hispánico. Unamuno, Ortega, Zambrano (Cerezo Galán, 2005), entre otros, han defendido –y en ocasiones practicado– la literatura como forma filosófica³. F. J. Martín ha desarrollado extensamente esta relación entre filosofía y literatura, lle-

² Para profundizar en las diferencias y similitudes de estas dos corrientes puede consultarse “Transhumanism and Posthumanism” (Hook, 2004).

³ También es digno de mención el gran esfuerzo de P. Ricoeur en la trilogía *Tiempo y narración* (1996) para dar cuenta de la importancia de la literatura y los relatos de ficción para entender la Historia y condición humanas.

gando a la conclusión de que el lenguaje lógico-deductivo primado por cierta tradición filosófica es insuficiente, pues deja de lado la metáfora, que constituiría “la más alta expresión de la experiencia filosófica” (Martín, 1999, p. 21). Esto es así porque la metáfora, y la literatura en general, nos da una “visión directa” de la realidad; no nos hace recorrer un camino lógico, sino que nos presenta en su patencia los problemas mismos (Martín, 1999, pp. 174-175).

Para un problema como el del posthumanismo, cuya realidad es futura y por tanto incierta, la aproximación a través de la literatura parece no solo justificada sino necesaria. El posthumanismo es una realidad en ciernes, de la cual tenemos indicios, pero cuyo perfil no es todavía conocido y mensurable. De ahí que la literatura sea la *via regia* para tratar dicho problema, y el hecho de queelijamos *La posibilidad de una isla* para pensar sobre el posthumanismo no solo es aceptable, sino eminentemente adecuado. Como ha indicado Campbell, pese a que Houellebecq haya sido criticado muchas veces por ser un “moralista inmoral” (2018, p. 8), lo cierto es que sus novelas poseen la gran virtud de poner sobre la mesa los dilemas éticos prominentes de nuestra época, esbozando, incluso, posibles soluciones a las encrucijadas en las que nos encontramos (Campbell, 2018, p. 5).

2. LA POSIBILIDAD DE UNA ISLA COMO RELATO POSTHUMANO

No es exagerado afirmar que *La posibilidad de una isla* constituye una de las mejores novelas sobre el posthumanismo. Calificarla así, como “novela sobre el posthumanismo”, tampoco es desmesurado, pues como trataré de mostrar, todo el libro gira en torno a esta cuestión de manera más o menos directa. El libro trata profusamente temas como el amor, el sentido de la vida, etc.; pero incluso estos temas clásicos se ven impregnados de la cuestión posthumana, que los transfigura inevitablemente. Pues si la obra de Houellebecq es una fascinante reflexión antropológica, lo es precisamente porque utiliza al posthumano como espejo en el que la condición humana aparece delineada con gran claridad.

Para las personas que no hayan leído *La posibilidad de una isla*, y para aquellos que necesiten recordar sus hitos más sobresalientes, conviene describir esquemáticamente la historia que cuenta este libro. La trama se centra en Daniel, un cómico famoso y millonario de nuestro tiempo que, sin embargo, encuentra su vida vacía y falta de sentido. Houellebecq describe con su habitual cinismo e ironía las etapas vitales por las que va pasando Daniel, mostrando que el éxito profesional y la holgura económica no le impiden sentir y percibir de manera clara la inanidad de la vida. El relato avanza exponiendo las distintas

relaciones personales de Daniel (con sus parejas, sus compañeros de trabajo, etc.). Sin embargo, en un determinado momento, se produce un acontecimiento decisivo que acabaría determinando su futuro y el de la humanidad: el descubrimiento de la secta/religión elohimita. Este extraño culto, en el que de manera similar a otras novelas de Houellebecq se unen sincréticamente creencias *new age* y libertad sexual, tiene la peculiar característica de contar entre sus principales miembros a un científico de primera línea que trabaja en la creación sintética de vida. Esta secta elohimita, posteriormente devenida en religión oficial, tendrá como su principal reclamo la promesa de una inmortalidad *real*. Es decir, no una inmortalidad en otro mundo, en otra dimensión, en otra vida, sino una inmortalidad terrenal y concreta.

Esta inmortalidad se alcanza, según relata el libro, con la creación *ex novo* del cuerpo fenecido de un determinado individuo; de tal manera que a partir de una muestra de ADN se crea un cuerpo igual al original, si bien joven y sano. Cada vez que el sujeto alcanza una edad avanzada, se sustituye su cuerpo por uno nuevo. El problema de lo que se conoce como identidad personal, estados mentales o configuración psicológica de dicho individuo se resuelve, según la novela, con lo que se denomina como *relato de vida*. Este relato es una narración autobiográfica que cada sujeto lega a sus descendientes genéticamente idénticos, para que su biografía pueda perdurar en esas réplicas futuras. De hecho, a partir de un cierto momento, reparamos en que lo que estamos leyendo es precisamente este relato de vida de Daniel, y que los breves capítulos de Daniel24 y Daniel25 son comentarios a dicho relato de vida por parte de dos neohumanos creados como réplicas de Daniel y que habitan un mundo pos-apocalíptico 2000 años posterior al nuestro.

A continuación analizaremos el tratamiento que Houellebecq da a algunos de los tópicos posthumanistas y transhumanistas habituales, comprobando cómo su relato puede arrojar luz sobre estas problemáticas cuestiones.

3. CORPORALIDAD E INMORTALIDAD

Si hay un tema que se repite de manera machacona y explícita a lo largo de la novela es la preocupación desaforada, verdadera obsesión, por la edad, la juventud y la vida eterna o inmortal. La preocupación por la edad, y concretamente la fascinación por la juventud y el desprecio por la senectud son constantes a lo largo del libro. Daniel no cesa de hacer alusiones a la edad de sus parejas, admirando la juventud de Esther o apenándose por la vejez de Isabelle, a la que llega a referirse como “animal enfermo” (Houellebecq, 2005, p. 49).

En todo caso, la idolatría de la juventud⁴ y el desprecio visceral por la vejez es algo que se transpira por todo el libro, lo cual entronca perfectamente con una de las principales propuestas posthumanistas –aunque en este contexto es más apropiado hablar de propuesta transhumanista–: la desaparición del envejecimiento y la conquista de la juventud eterna (Maher and Mercer, 2009; Diéguez, 2016). Esta promesa transhumanista de juventud suele ir en paralelo a una promesa de inmortalidad, es decir, la promesa de una vida en la que la muerte deje de ser un final natural irrevocable. *La posibilidad de una isla* dedica numerosos pasajes a la reflexión sobre esta condición inmortal. Muchas tienen que ver con las promesas elohimitas de inmortalidad y los medios para llevarla a cabo (Houellebecq, 2005, p. 217, 228, 270). Pero también resultan muy interesantes las reflexiones de Daniel a este respecto, como el pasaje en el que compara el elohimismo a las religiones tradicionales:

El elohimismo, por su parte, estaba perfectamente adaptado a la civilización del ocio en cuyo seno había surgido. No imponía ninguna exigencia moral, reducía la existencia humana a las categorías del interés y del placer, y sin embargo hacía suya la promesa fundamental compartida por todas las religiones monoteístas: el triunfo sobre la muerte. Erradicaba toda dimensión espiritual o confusa, y limitaba simplemente el alcance de ese triunfo, y la índole de la promesa, a la prolongación ilimitada de la vida material, es decir, a la satisfacción ilimitada de los deseos físicos (Houellebecq, 2005, pp. 324-326).

En efecto, lo interesante de esta promesa transhumanista es que la inmortalidad se ha vuelto algo físico, no solo espiritual⁵. La inmortalidad elohimita, que es la misma inmortalidad que la imaginada por el transhumanismo actual, es una inmortalidad material, fáctica, tangible. Y aquí topamos, a mi entender, con una cuestión en la que me parece que Houellebecq y su novela supera a mu-

⁴ Una idolatría de la juventud que ya fue criticada duramente por Ortega y Gasset al final de su célebre *La rebelión de las masas*. Allí, el filósofo español califica este primado de la juventud como el “rasgo más grotesco” (2004, p. 497) de su tiempo, declarando que se ha llegado a hacer “de la juventud un *chantage*” (2004, p. 497). Ortega entiende que esto es característico del hombre-masa, un ser sin deberes y obligaciones, pero que, sin embargo, pretende participar de todos los derechos. Para Ortega esto es una muestra de que “el hombre-masa carece simplemente de moral” (Ortega, 2004, p. 497), algo que el propio Houellebecq parece también pensar cuando pone en boca de Daniel la idea de que en su época se había consumado la “ejecución de la moral” (Houellebecq, 2005, p. 46).

⁵ No obstante, sería una simplificación pensar que las religiones hasta ahora se han centrado exclusivamente en lo espiritual, como ha mostrado Sloterdijk en *Has de cambiar tu vida* (2013). Antes de este libro, ya había relacionado religión y genética haciendo alusión a las propuestas de Rahner: “De acuerdo con la declaración del jesuita Rahner, la obligación y el deseo de manipularse a sí mismo formarían parte del *ethos* del hombre responsable” (Sloterdijk, 2000, p. 17).

chos análisis puramente filosóficos. Ciertas posturas posthumanistas y transhumanistas defienden la indiferencia de nuestra corporalidad concreta. Según estos autores (Kurzweil, 2010; Nazo, 2016), podríamos trocar nuestro cuerpo por uno robótico o cibernético, o por alguna realidad híbrida o quimérica, sin que cambiáramos esencialmente. Sin embargo, cuando *La posibilidad de una isla* habla de la Rectificación Genética Estándar, una serie de modificaciones genéticas que convirtieron a los neohumanos en seres autótrofos (capaces de nutrirse mediante la fotosíntesis) frente a los humanos antiguos heterótrofos, el propio Houellebecq deja claro que estas alteraciones introducen “una ruptura definitiva entre los neohumanos y sus antepasados” (2005, p. 337). Esta afirmación se corrobora por el conjunto del relato, en el cual queda manifiesta la distancia enorme que estos cambios producen en los neohumanos.

La novela de M. Houellebecq contiene, pues, la gran virtud de mostrarnos –no de argumentar, lo cual para un problema futuro de este tipo sería por principio prácticamente imposible– cómo estos cambios corporales concretos, más todavía en el caso de la inmortalidad, podrían conllevar también unos cambios psicológicos y comportamentales decisivos. *La posibilidad de una isla* expone la temible amenaza –o la atractiva promesa, interpretación que la novela deja hasta cierto punto abierta– inscrita en estos cambios orgánicos y las previsible consecuencias que traerían consigo.

4. AMOR, SOLEDAD Y AISLAMIENTO

Si bien el tema de la inmortalidad, tan central a las posturas posthumanistas y, sobre todo, transhumanistas, es probablemente el que más aparece explícitamente en la novela, su peso e importancia podría ser disputado por problema de la soledad, el aislamiento y la búsqueda de relaciones auténticas. Tanto el relato de Daniel como el de sus descendientes neohumanos Daniel24 y Daniel25 consisten, de manera mayoritaria, en reflexiones sobre su soledad e incomunicación. En el caso de Daniel, su cinismo y misantropía le alejan de la mayor parte de sus congéneres, a los que encuentra irremediablemente estúpidos y patéticos. En el caso de Daniel24 y Daniel25, este aislamiento viene dado por la forma de vida neohumana, en la que cada individuo vive en un recinto cerrado y no sale del mismo bajo ningún concepto. En esta situación solo cabe una artificial comunicación virtual que, como deja traslucir la novela, resulta completamente insatisfactoria. Como ha descrito Moraru, esta vida neohumana descrita por Houellebecq nos pone en una situación en la que “la decadencia humana, de ese ser que “es” con otro, se ve acompañada de la desaparición del mundo “tal y como lo conocemos” –el mundo en el que ser *significa ser en relación*– (Moraru, 2008, p.

272). La analítica existencial heideggeriana y su primacía del *ser-para* pierde su base en el caso neohumano, que parecería haber encontrado una forma de ser completamente solipsista y cerrada sobre sí misma.

La posibilidad de una isla, como todas las novelas de Houellebecq, contiene innumerables pasajes de contenido sexual. Daniel, el protagonista, sugiere en un pasaje que deberían impugnarse todas las relaciones no-sexuales, llegando a afirmar que “el placer sexual [es] el único objetivo de la existencia humana” (Houellebecq, 2005, p. 354). El papel opuesto de la sexualidad en humanos y neohumanos ha sido perspicazmente descrito por Snyman, quien comenta cómo “el veneno del viejo orden era la ausencia de compasión y compromiso emocional en las relaciones sexuales, mientras que la desventaja del orden postapocalíptico es la ausencia total de sexualidad” (2008, p. 43). Como este mismo autor luego puntualiza, más que entender la sexualidad como veneno deberíamos utilizar la metáfora platónica del *pharmakon* (2008, p. 33), el cual es a la vez remedio y perdición.

Como estamos viendo, la corporalidad es uno de los temas recurrentes de la obra. No obstante, bajo lo llamativo y lo explícito de esta referencia a lo sexual, se esconde el verdadero problema de la comunicación y del amor. En cierto modo, podría decirse que *La posibilidad de una isla* constituye una reflexión en marcha sobre el amor como núcleo de la condición humana. Houellebecq entiende que este núcleo amoroso se asienta en la peculiar sexualidad humana, y que precisamente el decaimiento sexual de los neohumanos es lo que les hace incapaces para experimentar el amor. Desde la perspectiva inversa, los neohumanos, reproduciéndose sintéticamente a través de la ingeniería genética, no necesitan hacer descansar su prolongación temporal en la pseudo-eternidad proporcionada por el sexo, la procreación y el establecimiento de una descendencia (Houellebecq, 2005, p. 294).

Este punto, el de la descendencia, es otro de los problemas recurrentes en las discusiones post- y transhumanistas. Algunas de las críticas más fuertes lanzadas contra el proyecto transhumanistas es la posibilidad de que esta transformación de la especie humana conlleve la pérdida de la experiencia padre-hijo, tan central para el ser humano (Sandel, 2007). Houellebecq se hace eco de esta problemática, mostrando cómo los neohumanos, reproducidos primero mediante la clonación y después mediante tecnología más avanzada, han dejado de lado por completo esta dimensión parental. En este sentido, son muy significativos los testimonios de ese último hombre que es Daniel, el cual reconoce sentir “asco” (Houellebecq, 2005, p. 59) ante cualquier bebé, pero que incluso en el caso concreto de su hijo no sintió nunca nada por él –hasta el punto de mostrarse indiferente ante su suicidio– (Houellebecq, 2005, p. 27). Houe-

llebecq convertirá este rechazo a la descendencia en uno de los dogmas centrales del elohimismo, para el cual tener hijos sería algo moralmente reproachable (Houellebecq, 2005, p. 355-356), defendiendo la posición antinatalista sostenida en la actualidad por D. Benatar (2006).

Houellebecq reflexiona y hace reflexionar largo y tendido a sus personajes sobre las relaciones personales, la importancia que estas tienen para los seres humanos y la (aparente) poca importancia que tendrían para sus sucesores posthumanos. Moraru relaciona esta soledad con su condición inmortal: “la búsqueda humana del otro está fuera de lugar una vez que la inmortalidad puede alcanzarse sin la ayuda de los otros” (2008, p. 276). La condición autótrofa de los neohumanos parece ser decisiva a este respecto, pues el hecho de no tener que moverse para conseguir su alimento hace que efectivamente estos posthumanos queden cerca del reino vegetal. Como expone Moraru:

Son nuestros cuerpos los que hacen que unos seres sean seres-con, y –a gracias a, otros seres, y por tanto nos “sentencian” a una vida de dependencia respecto de los otros, esto es, lo que Daniel denomina “intermediación”. En sus esfuerzos por crear nuevos humanos auto-sostenibles, el neohumanismo pone fin a esta dependencia mediante la cancelación de la naturaleza ontológicamente constitutiva del otro, y, más generalmente, la otredad del mundo (2008, p. 271).

Por ello este intérprete hablará de la “abolición de la diferencia” (Moraru, 2008, p. 265), algo a lo que la novela también alude explícitamente cuando alude a un futuro (“la venida de los Futuros”) en el cual primaría la indiferenciación, en el que no habría propiamente individuos, en el que las barreras personales dejen de tener sentido. Daniel teoriza sobre este punto desde una perspectiva que podríamos considerar evolutiva, afirmando que “la sociabilidad ya había vivido su momento, había desempeñado su función histórica; aunque había sido imprescindible en los primeros tiempos de la aparición de la inteligencia humana, en la actualidad ya solo era un vestigio inútil, un estorbo” (Houellebecq, 2005, p. 380)⁶.

⁶ Esto corroboraría el diagnóstico del sociólogo polaco Z. Bauman, quien precisamente ha estudiado a fondo la crisis de las comunidades humanas en los últimos siglos debido a lo que ha denominado como “modernidad líquida”. Según este autor, la primacía de las relaciones económico-técnicas frente a las humanas había socavado los lazos personales y comunitarios que durante siglos sirvieron como aseguramientos de la convivencia humana. Sin embargo, lo que ahora nos encontramos, como afirma este autor, “el aspecto más notable del acto de desaparición de las antiguas seguridades es la nueva fragilidad de los vínculos humanos.” (Bauman, 2000 a, p. 181). Esta fragilidad e inconsistencia es algo que se palpa y se deja notar a lo largo de toda la novela de Houellebecq. En el caso de nuestro contemporáneo Daniel como un motivo de sufrimiento y angustia; en el caso de los neohumanos, como una situación asumida e, incluso, buscada.

Esta soledad y aislamiento, que ya se entrevé en la psicología del humano Daniel, aparece de manera extrema en sus contrapartes neohumanos. Las enseñanzas de la Hermana Suprema, una especie de apóstol neohumano que dejó fijado el canon de creencias de estos seres posthumanos, afirman en términos neo-budistas que “es el sufrimiento de ser el que nos hace buscar al otro, como un paliativo” (Houellebecq, 2005, p. 339), una limitación que los neohumanos deberían tratar de superar. El propio título “La posibilidad de una isla” parecería indicar, o al menos podría interpretarse, como una alusión a esta problemática. El posthumano pensado por Houellebecq bajo el nombre de neohumano sería precisamente la exploración de la posibilidad de un ser humano futuro que, sin embargo, hubiera perdido su condición social y relacional; un ser aislado, recluso en su *isla*.

No obstante, la novela también deja entrever cómo esta *posibilidad* no llega a ser plenamente una *realidad*, cómo los neohumanos no consiguen desprenderse completamente de este sentimiento de soledad. Así lo confiesa Daniel24, quien admite que “Como los humanos, no hemos conseguido librarnos de la condición de *individuo* ni del sordo desamparo que la acompaña” (Houellebecq, 2005, p. 127). El ansia de comunicación que persiste en los neohumanos puede comprobarse en muchos aspectos. Por ejemplo, reparando en que la vida de estos neohumanos consiste básicamente en leer el *relato de vida* de otros y comentarlo, lo cual ya es en cierto modo una forma de comunicación. Además, otra importante parte de su tiempo se dedica a intercambiar mensajes, a veces video-llamadas, con otros neohumanos frente a los cuales experimentan, así se hace notar, una auténtica curiosidad e interés. Por si fuera poco, durante la obra se mencionan las “deserciones” neohumanas, esto es, casos en los que algún neohumano concreto abandona su forma de vida aislada y se aventura al exterior.

De hecho, a este respecto es extremadamente significativa la última parte del libro, en la cual Daniel25 lleva a cabo una de estas deserciones y abandona su casa para caminar por los parajes de lo que siglos atrás constituía el territorio de España. El desencadenante de esta deserción parece ser múltiple, por lo sugerido en la obra. Por un lado, Daniel25 se comunica regularmente con otra neohumana, Marie23, que abandona, de manera entusiasta en su caso, la vida neohumana poco antes de hacerlo él. Otro factor puede ser el carácter melancólico e inconformista de Daniel25, que también se deja translucir en Daniel24. Sin embargo, aunque la novela sea muy ambigua sobre este punto, parece que el verdadero y profundo motivo para la deserción de Daniel25 es la aparición en su horizonte vital de Esther 31, la descendiente de Esther, la joven de la que Daniel se enamoró perdidamente. Esto se deduce del hecho de que Daniel25 quede notablemente afectado por comenzar a comunicarse con ella y más todavía por el relato de sus planes al desertar, que según se nos cuenta, no consiste en otra cosa que en un intento confuso de llegar a

Lanzarote (Houellebecq, 2005, p. 395-396), el lugar donde se nos dice que reside Esther 31. De este modo, Houellebecq parecería sugerir que ese deseo y ese amor tan humano del que parecerían haberse desprendido los neohumanos, sigue existiendo, de manera confusa y disminuida, pero no por ello menos real, entre los posthumanos⁷. *La posibilidad de una isla* nos presenta así –y de nuevo no se trata aquí de un razonamiento, sino de algo que queda patente en la lectura– la sospecha de que hay ciertas características humanas profundas y radicales que, incluso aunque quisiéramos, no podríamos erradicar.

5. RELACIÓN HUMANIDAD - POSTHUMANIDAD

La novela aborda también de manera recurrente otro de los puntos clave que siempre aparecen en las discusiones sobre posthumanismo y transhumanismo: la pregunta de cómo serán las relaciones entre los antiguos humanos y los nuevos (post)humanos. Como venimos comentando, las diferencias son muchas y la distancia parece insalvable; si bien la novela parece sugerir que, en último término, los neohumanos nunca consiguen desprenderse de un reducto de humanidad insuperable.

En todo caso, las referencias explícitas a esta brecha son muchas, principalmente desde los comentarios de los neohumanos Daniel24 y Daniel25. En uno de ellos, refiriendo las enseñanzas de la Hermana Suprema, se afirma explícitamente que “*los hombres no tienen ni dignidad ni derechos*” conminando a los neohumanos a “*tratar en todo a los hombres como animales*” (Houellebecq, 2005, pp. 40-41). Daniel24 expresa esta distancia respecto de los humanos con especial crudeza, refiriéndose a los hombres que viven fuera de las residencias neohumanas como “*salvajes*”, despreciándolos como seres sin dignidad. Este desprecio cáustico se aprecia especialmente bien en su primer comentario registrado, en el cual se lee lo siguiente:

Mira esas pequeñas criaturas que se mueven a lo lejos; míralas. Son hombres.

A la luz que agoniza, asisto sin lamentos ni arrepentimientos a la desaparición de la especie (...).

Por ellos no siento ninguna piedad, ningún sentimiento de comunidad. Los considero simplemente como monos un poco más inteligentes, y por eso mismo más peligrosos. A veces abro la barrera para socorrer a un conejo o a un perro vagabundo; nunca para ayudar a un hombre.

Tampoco se me ocurriría nunca aparearme con una hembra de su especie (Houellebecq, 2005, p. 25).

⁷ Como expresa otro pasaje bien significativo de Daniel25, “nuestros cuerpos, humanos todavía, siguen dispuestos a revivir” (Houellebecq, 2005, p. 353).

Esta distancia, que incluso habría que denominar rechazo, de los neohumanos respecto de los humanos, es algo que parece surgir naturalmente en los neohumanos, pero que además se busca expresamente. Así lo atestiguan varios pasajes, en los que se exponen las directrices de la Hermana Suprema, entre las cuales estaría la conveniencia de “desarrollar en nosotros esa repugnancia, ese aburrimiento, para desenmarcarnos de la especie” (Houellebecq, 2005, p. 92). Esto introduce otro fascinante elemento a la discusión. No solo se trataría de constatar unas diferencias existentes entre humanos y neohumanos, sino que también habría la voluntad de ahondar en esa distinción, de alejarse lo máximo posible de su pasado humano. Esto resulta interesante por dos motivos. En primer lugar, porque da a entender que, pese a todo, la diferencia entre unos y otros todavía no es tan grande; en caso contrario no tendría sentido esta voluntad diferenciadora. En segundo lugar, esta peculiar característica de los neohumanos descritos por Houellebecq puede ayudarnos a reflexionar sobre las relaciones humano-posthumano poniéndolo en comparación con las relaciones entre colectivos raciales de los últimos siglos. Pues lo de aquí podría extraerse es que, si bien las diferencias físicas entre humanos y posthumanos podrían llegar a ser notables —mucho mayores que las que podrían identificarse entre razas humanas⁸—, no obstante, la relación entre los distintos colectivos no queda determinada por estas diferencias, sino que, en último término, estas relaciones muy probablemente dependerán de la voluntad o no de convivir, respetarse y entenderse mutuamente.

La cuestión, en todo caso, es extremadamente problemática. Daniel, el antepasado humano, teoriza sobre esta cuestión a lo largo de varios pasajes. A propósito del asesinato de una correligionaria elohimita, Daniel llega a la conclusión de que ésta “no pertenecía al grupo” y que esta secta buscaba era “crear una nueva especie, y esta no tendría más obligación moral para con los seres humanos que estos para con las lagartijas o medusas” (Houellebecq, 2005, p. 267). Esta discusión recuerda a la célebre obra de C. S. Lewis *La abolición del hombre*, en la que proféticamente anuncia el peligro, inscrito en la Modernidad, de arrasar con lo humano al transformar radicalmente su naturaleza. La visión de los neohumanos frente a los humanos parecería corroborar esto de una manera definitiva, en la medida en que estos posthumanos estarían cortando amarras deliberadamente respecto de su pasado humano.

De hecho, esta es una de las cuestiones que muchas veces surgen a propósito de estas problemáticas. Pues, como Diéguez se pregunta, “¿Puede realmente favorecerse de algún modo a los seres humanos deseando el cumplimiento de

⁸ Diferencias entre razas que, tal y como ha venido mostrando la biología, son realmente mínimas.

ideales transhumanos?” (2014, p. 70). También Campbell se ha preguntado por esta cuestión, entendiendo que estamos ante uno de los problemas éticos clave de la novela houellebecquiana: ¿cómo puede ser considerada ética una utopía basada en la erradicación de los humanos? (Campbell, 2018, p. 17). Sin embargo, una vez más, *La posibilidad de una isla* parece ser extremadamente sutil. Pues lo cierto es que en la novela esta toma del poder por parte de los neohumanos no tiene lugar de manera violenta ni premeditada; sino que tiene lugar de manera fortuita: debido a su menor dependencia del entorno, los neohumanos autótrofos son capaces de sobrevivir sin problema a las catástrofes climáticas y ambientales que, por el contrario, sí reducen de manera drástica la población humana (Houellebecq, 2005, p. 338). De nuevo, la forma literaria se presenta aquí como una gran herramienta de pensamiento, mostrando que las preocupaciones sobre el posible sometimiento y subyugación de los antiguos humanos por los nuevos humanos quizás sea un problema secundario y, en último término, irrelevante.

No obstante, y pese a esta última reflexión, sí es muy relevante y de gran interés ético la hipotética inconmensurabilidad moral entre humanos y posthumanos. Houellebecq muestra con maestría cómo la drástica disminución de la sociabilidad en los neohumanos, entre cuyos síntomas sobresalen la desaparición de la risa (Houellebecq, 2005, pp. 56-57) y del llanto⁹, está directamente relacionada con una pérdida de la capacidad empática y, por tanto, de sensibilidad moral. Houellebecq es muy hábil mostrando la posibilidad de este futuro posthumano desprovisto de empatía; pero del relato no se colige que esta posibilidad sea una certeza a la que inevitablemente llegaremos. Más bien la narración se nos presenta como una posibilidad que, precisamente por ser posible y no necesaria, podría ser evitada y corregida. De hecho, gran parte del pensamiento ético contemporáneo aboga por extender nuestro círculo moral a los animales no humanos (Singer, 2011), con lo que la referencia a la falta de estatus moral de “lagartijas o medusas”, y la ausencia de responsabilidad moral de los humanos frente a ellas, podría perder su fuerza comparativa desde esta perspectiva.

De este modo, una cierta lectura podría entender que *La posibilidad de una isla* confirma los miedos de los críticos del trans- y posthumanismo, mostrando cómo las distancias entre las distintas especies derivarán en un trato asimétrico e inhumano por parte de los humanos más evolucionados. Pero, como también hemos mostrado, la novela de Houellebecq no deja de transmitir cierta ambivalencia, haciendo ver que, a pesar de todo, los neohumanos no se encuentran

⁹ Aunque, curiosamente, la desaparición del llanto no fue tan perfecta ni tajante como la de la risa, según la novela.

tan lejos de los humanos; hasta el punto de que los posthumanos añoran (Houellebecq, 2005, p. 398) las vidas imperfectas y trágicas –pero maravillosamente imperfectas y trágicas– de sus antepasados.

6. SENTIDO Y SINSENTIDO DE LA VIDA HUMANA Y POSTHUMANA

El último punto es una de las ideas-fuerza de la novela y, de nuevo, toca el corazón de las problemáticas posthumanistas. El punto en cuestión es el del sentido de la vida humana y posthumana. Muchas críticas al posthumanismo y transhumanismo giran en torno al peligro de que estos cambios operados sobre la humanidad puedan llevarle a vivir una vida infeliz y menos plena (Sandel, 2007; Sparrow, 2011). El mérito de la novela de Houellebecq, como estamos viendo una y otra vez, es que su novela se limita a mostrar, y no toma una posición clara en contra o a favor de este mundo futuro. La incomunicación y ausencia del otro características del mundo posthumano no son algo intrínsecamente malo (aunque nosotros nos inclinemos naturalmente a entenderlo así). Como señala Snyman, “si el sufrimiento es causado por el otro, la felicidad es igualmente imposible sin la presencia física del Otro” (Snyman, 2008, p. 44), y esto sería lo que efectivamente sucedería en La posibilidad de una isla: “en el paradigma houellebecquiano, el Otro deseado es eliminado junto al sufrimiento” (Arènes y Arènes, 2006, p. 803).

El escritor Francés no se posiciona en favor de nuestro presente frente al futuro neohumano. La novela de Houellebecq mantiene la tensión y la problematización gracias a su relato, crudo y nada idealizado, de la vida de nuestro contemporáneo Daniel. La vida del protagonista, un último hombre prototípico, carece de sentido y se muestra completamente vacía pese a todos los bienes materiales y personales de los que disfruta. En varios pasajes se afirma, entroncando con toda una tradición filosófica de pesimistas, que la felicidad es algo constitutivamente imposible para el ser humano: “resulta evidente que el individuo humano *no puede* ser feliz, que no ha sido concebido en absoluto para la felicidad” (Houellebecq, 2005, p. 60). A lo largo de la novela, Daniel hace numerosas alusiones a distintas drogas y estupefacientes, sin las cuales se ve incapaz de dormir, de aguantar a sus semejantes o simplemente de hacer frente a la inanidad de su vida (Houellebecq, 2005, pp. 86-87). Solo su encuentro con Esther y su exuberante relación sexual parece mostrarle la verdadera felicidad (Houellebecq, 2005, pp. 186-187); mas este oasis de felicidad finalmente aparece como un ascenso que únicamente sirve para hacer la caída más fuerte y dolorosa. A nivel colectivo, la situación es si cabe más tétrica, pues Houellebecq cuenta cómo en un momento dado, en la última etapa del humano tal y como lo conocemos y la definitiva transición hacia el posthumano, el número de *salidas* (esto es, de suicidios) bordeaba el 100% y la edad me-

dia a la que se tomaba esta decisión estaba entre los 50-60 años (Houellebecq, 2005, pp. 82-83)¹⁰.

Esta sensación de vacío, apatía y sinsentido aparece de manera recrudescida en el caso de los neohumanos de Daniel24 y Daniel25, cuyos testimonios transmiten una desolación brutal. En varias ocasiones se repite, de manera más directa y convencida, la afirmación del humano Daniel sobre la constitutiva incapacidad de su naturaleza para la felicidad (Houellebecq, 2005, pp. 11, 70), llegando a repetir esta idea en las últimas líneas del libro, cuando Daniel25, al final de su expedición admite que “La felicidad no era un horizonte posible” (Houellebecq, 2005, p. 439). Esta constatación por parte de los neohumanos parece realizarse de manera aséptica y desapasionada, pero la novela muestra que esto no es del todo así. El mejor ejemplo se encuentra en las últimas palabras de Daniel24, quien se despide diciendo que: “Lo único que siento es una leve, muy leve tristeza” (Houellebecq, 2005, p. 152), a lo que se añade el descubrimiento por su sucesor Daniel25 de unas notas manuscritas llenas de hastío y pesadumbre (Houellebecq, 2005, p. 162), emociones humanísimas de las que Daniel24 con toda seguridad se avergonzaba y, que le hicieron dejarlas sin registrar en su relato de vida.

El relato de Daniel25 es más honesto en este sentido, y uno de sus pasajes es muy revelador a este respecto. Al final de una entrada en la que reflexiona sobre la diferencia entre la condición humana y neohumana, y cómo se siente extrañamente cercano al humano Daniel, acaba comentando que “sin embargo mi propia vida, pienso a menudo, dista mucho de ser la que a él le habría gustado vivir” (Houellebecq, 2005, p. 375). Este último punto quizás sea la clave de la novela y el punto más interesante para nuestro propósito de pensar el posthumanismo desde la novela houellebecquiana. Pues la potencia filosófica de *La posibilidad de una isla* reside en su capacidad para que nos cuestionemos, durante toda la obra, la deseabilidad del futuro posthumano, o, al menos, la deseabilidad de ciertos futuros posthumanos. Y la genialidad de Houellebecq reside, a mi modo de ver, en la habilidad para mantener una cierta ambivalencia, para permitir que sea el lector el que decida si ese futuro es hacia donde le gustaría que nos dirigiéramos.

La mayoría de intérpretes ha asumido, a mi entender apresuradamente, que *La posibilidad de una isla* pertenece “inequívocamente” al género distópico (Snyman, 2008, p. 26; Moraru, 2008, p. 265). Lo mismo se ha dicho (Camp-

¹⁰ Sobre este tema cabe mencionar a otro preclaro intérprete de la sociedad contemporánea, el español Ortega y Gasset, y su diagnóstico sobre la “crisis de los deseos” (Ortega, XXX, p. 576). En los años 30 del pasado siglo este autor ya había afirmado que “acaso la enfermedad básica de nuestro tiempo sea una crisis de los deseos, y por eso toda la fabulosa potencialidad de nuestra técnica parece como si no nos sirviera de nada” (V 576). Podemos conseguir prácticamente cualquier cosa que nos propusiéramos, pero ya no somos capaces de *desear* auténticamente.

bell, 2018, p. 17) del futuro neohumano imaginado por Houellebecq en su anterior novela, *Las partículas elementales*. Hay estudiosos, no obstante, que han puesto en cuestión esta interpretación distópica, como Campbell (2018, p. 17) y Varsava (2005, p. 148). Y lo cierto es que no es evidente de suyo que ese futuro imaginado sea necesariamente distópico, o siquiera malo en un sentido absoluto. De hecho, en el mentado *Las partículas elementales*, un narrador neohumano confiesa al final del libro que “a los humanos antiguos nuestro mundo les parecería un paraíso” (Houellebecq, 2002, p. 316). En esta misma obra hay también un pasaje interesantísimo en el que Bruno, uno de los protagonistas, protesta contra la interpretación habitual de *Un mundo feliz*:

El universo de Huxley se suele describir como una pesadilla totalitaria, se intenta hacer pasar por una denuncia virulenta; pura y simple hipocresía. En todos los aspectos, control genético, libertad sexual, lucha contra el envejecimiento, cultura del ocio, *Un mundo feliz* es para nosotros un paraíso, es exactamente el mundo que estamos intentando alcanzar (Houellebecq, 2002, p. 157).

Sin embargo, esta postura contrasta con la de Daniel25, para quien, como vimos, al contrario de lo expresado en *Las partículas elementales*, esa vida que él llevaba como neohumano distaba mucho de la que sus antepasados humanos hubieran deseado (Houellebecq, 2005, p. 375). Es difícil, por tanto, saber si ese mundo futuro que Houellebecq proyecta en estas dos obras es realmente un paraíso o un infierno. Más bien tendríamos decir que es una posibilidad, una posibilidad entre otras. Y la clave es que gracias a estas novelas podemos *ver* estas posibilidades futuras, valorarlas y posicionarnos frente a ellas.

7. CONCLUSIÓN

Así pues, el análisis que a lo largo del artículo hemos llevado a cabo sobre *La posibilidad de una isla* nos ha permitido abordar, de manera sucinta pero extremadamente fecunda, algunos de los problemas centrales del posthumanismo. La cuestión del cuerpo y la inmortalidad, el problema del Otro y de las relaciones entre humanos y posthumanos, así como el peligro de la pérdida de sentido y vacuidad de la vida posthumana, han sido estudiados a propósito del relato de M. Houellebecq. Este análisis, como habíamos anunciado, ha resultado especialmente clarificador al no discutir en abstracto, sobre posibilidades completamente inciertas – como suele ser el caso en este ámbito del posthumanismo –, sino sobre un caso concreto. Al tomar como referencia el posthumanismo, ficticio pero bien delineado y determinado, de los neohumanos houellebecquianos, hemos podido reflexionar y comprender mejor estos problemas a los que hacíamos mención.

La conclusión, por tanto, es que debemos ser muy cautos y cuidadosos con nuestros deseos. Hoy más que nunca debemos ponernos en claro sobre qué somos como especie y qué queremos hacer de nosotros mismos. Pues lo cierto es que, por primera vez en la historia, empezamos a estar materialmente capacitados para llevar a término cualquier proyecto que nos propongamos, incluida la transformación radical de nosotros mismos. Estos problemas deben empezar a formar parte del debate público, y sin duda en las próximas décadas la discusión sobre a dónde debemos dirigirnos como especie llegará al primer plano de la política nacional e internacional. La contribución que con este artículo y otros esfuerzos similares podemos hacer es simplemente poner sobre la mesa las distintas posibilidades, sus riesgos y peligros, sus potencialidades y ventajas, para que las personas comprendan mejor lo que está en juego y puedan tomar mejores decisiones. Como decíamos al principio, es muy posible que estemos ya inmersos, en cierto modo, en la condición posthumana. Pero incluso aunque esto no sea propiamente así, es prácticamente seguro que el posthumanismo llegará tarde o temprano. En nuestra mano está que llegue de la manera imaginada por Houellebecq o de otra forma.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arènes, C. y Arènes, J. (2006). “Michel Houellebecq prophète des temps finissants”. *Études*, 6 (404): 796-803.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2003). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benatar, D. (2006). *Better Never to Have Been: The Harm of Coming into Existence*. Oxford: Clarendon, Print.
- Bostrom, N. (2011). “Una historia del pensamiento transhumanista”. *Argumentos de Razón Técnica*, nº 14, pp. 157-191.
- Braidotti, R. (2013). *The Posthuman*. Cambridge: Polity Press.
- Campbell, F. (2018). “Of Lost Kingdoms and Strange Moments: Subjective Utopianism in Michel Houellebecq’s *Les Particules élémentaire*”. *Colloquy: Text, Theory, Critique*, (35/36), 5-27.
- Cerezo, P. (2005). *Filosofía y literatura en María Zambrano*. Sevilla: Fundación José María Lara.
- Diéguez, A. (2014). “Reflexiones sobre las tecnologías de mejoramiento genético al hilo del pensamiento de Ortega y Gasset”. *SCIO: Revista de filosofía*, nº 10, pp. 59-79.
- Diéguez, A. (2016). “La lucha contra el envejecimiento: un problema científico y filosófico” *Encuentros en la Biología*, Vol.9 (160), pp.160-164.

- Haraway, D. J. (1985). "A manifesto for cyborgs: science, technology, and socialist feminism in the 1980s". *Socialist Review*, 80: 65-107.
- Hook, C. (2004). "Transhumanism and Posthumanism". *Encyclopedia of Bioethics*, edited by Stephen G. Post, 3rd ed., Macmillan Reference USA, pp. 517-2520.
- Houellebecq, M. (2002) *Las partículas elementales*. Trad: Encarna Gómez Castejón. Anagrama: Madrid.
- Houellebecq, M. (2005). *La posibilidad de una isla*. Trad: Encarna Castejón. Alfaguara: Madrid.
- Kurzweil, R. (2010). *The Singularity is Near*. Gerald Duckworth & Co. ProQuest Ebook Central, <https://ebookcentral.proquest.com/lib/oxford/detail.action?docID=2029217>.
- Maher, D. F., Mercer, C. (2009). *Religion and the Implications of Radical Life Extension*. New York, Palgrave Studies in the Future of Humanity and Its Successors. Web.
- Martín Cabrero, F. J. (1999). *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Moraru, C. (2008). "The Genomic Imperative: Michel Houellebecq's The Possibility of an Island". *Utopian Studies* 19.2: 265-83. Web.
- Nazo, A. (2016). "Posthumanism: The Human Body Transition". *Electronic Workshops in Computing* (Online), Web.
- Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración* (Vol. 3, El tiempo narrado, lingüística y teoría literaria). México: Siglo veintiuno.
- Sandel, M. (2007). *Contra la perfección*. Madrid: Marbot Ediciones.
- Singer, P. (1998). "On Comparing the Value of Human and Nonhuman Life". En *Applied Ethics in a Troubled World*. Edgar Morscher et al., Springer Netherlands, pp. 93-104. doi: 10.1007/978-94-011-5186-3_5.
- Singer, P. (2011). *The Expanding Circle: Ethics, Evolution, and Moral Progress*. Princeton University Press.
- Sloterdijk, P. (2000). "El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica". Traducción Fernando La Valle. *Revista Laguna*, 14; marzo 2003, pp. 9-22.
- Sloterdijk, P. (2013). *Has de cambiar tu vida. Sobre antropotécnica*. Traducción de Pedro Madrigal. Valencia: Pre-textos.
- Snyman, E. (2008). "The Possibility of an Island; Or, The Double Bind of Houellebecq's Apocalypse: When the End Is Not the End". *Literator* 29.2: 25-46. Web.
- Sparrow, R. (2011). "A Not-So-New Eugenics: Harris and Savulescu on Human Enhancement". *Hastings Center Report* 41.1: 32-42. Web.
- Varsava, J. A. (2005). "Utopian Yearnings, Dystopian Thoughts: Houellebecq's *The Elementary Particles* and the Problem of Scientific Communitarianism," *College Literature* 32, no. 4: 163.